

LA CARTA

¡Nunca pensó que pudiera llegar a una situación así!

Ella siempre tuvo muy clara su situación personal, sus deseos, sus anhelos, sus sentimientos.

Su vida, en estos últimos años, siempre había sido muy clara, diáfana, y además estaba muy feliz de que así fuera, con sus fases normales, como cada hijo de vecino.

Tenía todo lo que siempre había deseado tener, una familia increíble, unos hijos cariñosos, un marido que la adoraba, unos padres que siempre estaban cuando los necesitaba, ¡Qué más se podía pedir!

En su trabajo también era una persona apreciada, poseía un carácter afable, y siempre ofrecía una frase amable y una ayuda para sus compañeros, tanto en cuestiones laborales como personales, por supuesto, en este último caso, cuando para ello fuera requerida, ya que una de sus virtudes siempre fue no pecar de inmiscuirse en la vida ajena.

Además, hacía años que su situación económica era relativamente desahogada, sin sobresaltos que pudieran preocupar su ánimo, vivía en un precioso chalet en la afueras de la ciudad, en un barrio acomodado, de esos en los que la gente saluda a los vecinos con cierta delicadeza, casi podría decirse que hasta con un atisbo de cariño, además, los fines de semana tenía la opción de elegir un descanso entre la playa y la montaña, poseía un bonito apartamento en primera línea de mar, y una pequeña casita rural en medio de un bello paraje montañoso cerca del río, y todo ello a una distancia de no más de 1,30 horas de su residencia habitual.

Todo era perfecto, realmente no se podía desear mucho más.

Su marido era una persona educada, bien parecida, de familia de cierto prestigio en la ciudad, pues tanto el abuelo, como el padre, como él mismo, pertenecían a una saga de ilustres empresarios muy bien considerados por todas las personas que les conocían, que por cierto, eran bastantes.

A sus 45 años, el equilibrio en su vida, en su ánimo, y en sus emociones había llegado casi a la perfección, verdaderamente no podía pedir absolutamente nada más, a veces, incluso le daba algo de miedo que todo fuera tan perfecto, como si algo tuviera que fallar...

Los días transcurrían con esa confortable felicidad que da el orden natural de las cosas, hasta que un día, antes de entrar a casa abrió el correo, y entre las habituales facturas observó una carta que le llamó la atención.

La carta iba dirigida a ella, la dirección escrita a máquina, pero en lugar de llevar un remite estaban escritas las palabras TE QUIERO.

Sin darse mucha cuenta de ello, se ruborizó, se puso nerviosa, miró a todos sitios por si alguien la estaba observando, y rápidamente se escondió la carta en el bolso.

Entró en casa, saludó a todos como hacía habitualmente, aunque ella se notó algo más acelerada, y subió con rapidez a su habitación para abrirla y salir de la intriga, pensó que todo sería una

broma de mal gusto, pero al mismo tiempo comenzaba a sentirse como una adolescente. ¡Hacia tantos años que no notaba ese cosquilleo en el estómago!

La verdad es que se estaba comportando como una chiquilla.

Una vez sola, y bien comprobado que nadie podría molestarla, abrió la carta algo excitada, y comenzó su lectura.

Mi Amada Milagros;

Te extrañará enormemente recibir una carta mía después de casi 20 años de ausencia, me ha costado muchísimo tiempo poder localizarte, y aún más el llegar a decidirme a hacer lo que en estos momentos estoy haciendo, pero hay en mí un sentimiento que no soy capaz de reprimir y que se ha ido apoderando de mi cuerpo y de mi mente día a día, a pesar de la distancia y del tiempo que nos separan.

A los dos meses de nuestra estúpida pelea en aquel maldito hotel, que tanto he llegado a odiar, realicé un viaje a Marruecos de una semana, y no sé aún muy bien cómo ni porqué me involucraron en un asunto de tráfico de drogas.

Por supuesto, no tuve nada que ver con aquello, fue todo un montaje, y lo peor de todo es que todavía desconozco con qué intereses, y creo que jamás llegaré a conocerlos.

Pasé más de 10 años en una oscura y tétrica cárcel de Agadir, sin ningún tipo de contacto con el exterior, y sin que la embajada española tuviera el más mínimo conocimiento de ello.

Al salir ya no estabas viviendo en Alicante, pasé varios años buscándote, y cuando conseguí por fin localizarte, me enteré de que estabas felizmente casada y con hijos, creí volverme loco, e intenté olvidarme de ti, pero contra más lo intentaba, más sufría, y contra más sufría, más crecía mi pasión por ti.

Al final decidí, al menos, hacerte saber mi historia, y poder decirte, aunque sea por última vez, que te quiero, y que siempre te amaré.

No tengo esperanzas de volver a abrazarte, pero no me perdonaría, al menos, intentarlo por última vez.

El día 19 de Noviembre me hospedaré en el Hotel Ilusión, si aún sientes algo por mí te espero a las 19,00 en la habitación 22, sino acudes, lo entenderé, a pesar de mi dolor.

Te quiere

Andrés.

Milagros quedó blanca, estupefacta, no daba crédito a lo que acababa de leer.

Andrés siempre había sido el amor de su vida, ¡Cuánto había sufrido por su ausencia, sin saber ni el cómo ni el porqué de ella!

¡Cuánto llegó a quererle, y luego a odiarle!

Siempre lo tuvo en su corazón, en el sitio más escondido, en el más recóndito escondrijo de sus sentimientos.

Jamás llegó a olvidarse de él, fue el amor de su vida.

Pero no podía ir a la cita, imposible, no era capaz de hacerle eso a su familia, no lo merecía, y además ella no era de ese tipo de mujeres, siempre se había considerado una mujer fiel y de férreos compromisos.

Por otra parte, también deseaba con todo su corazón volver a verlo, aunque sólo fuera una última vez.

Bueno, al fin y al cabo aún quedaban dos días, tenía tiempo para pensarlo.

Fueron dos de los peores días de su vida, dos días llenos de miedos, sobresaltos y emociones totalmente dispares.

Su vida serena y controlada comenzaba a desmoronarse sin que ella pudiera dominarlo, a pesar de los intentos que su cerebro realizaba.

Fueron dos días llenos de desorden interno, por un lado la cabeza, por el otro el corazón.

El día, por fin, llegó, y la hora de la cita también.

Hasta el último instante dudó si acudir, pero una fuerza invisible e inapelable la llevó hasta la puerta de la habitación 22 del Hotel Ilusión a la hora indicada.

La mano se dirigió sola al timbre, llamó, y al instante vio a Andrés frente a ella, su rostro reflejaba las marcas de la vida, pero a pesar de todo, aún lo encontró más atractivo y más interesante que nunca. Se miraron durante apenas dos segundos, y sin mediar palabra, se fundieron en un apasionado beso, en un beso de 20 años de anhelo.

El tiempo dejó de existir, el mundo pasó a un segundo plano, se fundieron en un solo ser, y el amor y la pasión realizaron el resto.

Se amaron con el ardor con el que se quieren los amores imposibles, entregándose el uno al otro sin dejar absolutamente nada en la recámara.

Y así, sin mundo y sin tiempo, se sintieron hasta desfallecer.

Pasadas las 12 de la noche llamaron sorpresivamente al timbre.

Sobresaltados al oírlo, volvieron a la realidad.

Milagros, rápidamente miró el reloj y quedó pálida, en un segundo le pasó la película de lo que estarían pensando su marido y sus hijos en esos momentos por su inhabitual tardanza, y se puso tremendamente nerviosa.

Andrés se medio vistió y fue a abrir la puerta, al instante sintió como una bala le desgarraba el corazón, el mismo corazón que después de 20 años roto creyó haber curado esa misma tarde.

Con un último hálito de vida dirigió su mirada atónita a su amada, y la imagen final que en su cerebro quedó grabada fue la desesperación de la más bella mujer que jamás conoció.

Acto seguido, se desplomó.

Ya sólo se escucharon los gritos desesperanzados de Milagros.

La mano que disparó la bala ya no volvió a moverse hasta que llegaron unos policías y se la llevaron junto con su dueño a comisaría.

Después pasaría en la cárcel más de veinte años, más de veinte años para pensar que había dejado a sus dos hijos sin padre durante tantos años, para pensar que les había arruinado parte de sus vidas, y Dios sólo hasta que punto. Más de veinte años para pensar que la misma bala que mató a Andrés también partió el corazón de su mujer, la persona que más había querido jamás en el mundo.

Pasados unos minutos de llantos y gritos, Milagros quedó inmóvil y en silencio, silencio que no volvería a romper.

Sólo en ocasiones, mientras miraba sola el horizonte por la ventana del psiquiátrico, como si pudiera ver mucho más allá de lo visible, se le esbozaba una sonrisa cuando del bolsillo de su blusa sacaba una carta doblada, una carta que venía a su nombre, con la dirección escrita a máquina, pero en lugar de llevar escrito un remite, estaban grabadas las palabras

TE QUIERO